

## De las biografías

Arnaldo Momigliano

Fragmento del prólogo "El estado ambiguo de la biografía", para el libro *Génesis y desarrollo de la biografía en Grecia* de Arnaldo Momigliano (FCE, 1986).

Cuando yo era joven, los estudiosos escribían historia y los caballeros escribían biografías. Pero, ¿eran caballeros? Los estudiosos empezaban a preguntárselo; ellos tenían cada vez más sospechas de sus vecinos los biógrafos.

Estos, por su parte, ya no conservaban su lugar. Pretendían estar dotados de intuiciones especiales acerca de los motivos humanos; pretendían, incluso, ser los verdaderos historiadores. La antigua y honorable distinción entre historia y biografía —que Polibio (10.24) había proclamado, Plutarco (*Alejandro*, 1.2) reconocido y Edward Meyer apenas reconfirmó en 1902— aparentemente había sido negada por el turbulento clan internacional del cual eran los más destacados exponentes Emil Ludwig, André Maurois y Lytton Strachey. Fuerzas oscuras se asomaban tras ellos. ¿Qué no sospechó Virginia Woolf que la naturaleza humana había cambiado, más o menos, en diciembre de 1910? Los estudiosos no se habían dado cuenta del cambio, pero los biógrafos se habían apoderado de él. A la interpretación de la historia en términos de fuerzas productivas y ambiente cultural, Freud y Jung oponían los motivos subconscientes del sexo y de la muerte y los arquetipos ancestrales. Los alumnos de Stefan George despreciaron el progreso y las masas, y al rato comprendieron que la biografía, más que la poesía, era el medio natural de expresión para sus creencias. En 1920 Friedrich Gundolf escribió la vida del mismo George, "der Gesamt-mensch" ("el hombre total"), un verdadero carácter antiguo junto con Goethe y Napoleón, completamente distinto de Momsen y Wiliamowitz, "eingefleischte moderne Protestanten", "modernos protestantes inveterados".

A decir verdad, la distinción helenística entre historia y biografía generalmente ha sido mucho menos aceptada que lo que el ejemplo de Edward Meyer parece indicar. La afirmación brusca de Meyer, "aber eine eigentlich historische Tätigkeit ist sie (Biographie) nicht" ("la biografía no es una verdadera labor histórica")<sup>1</sup>, fue una excepción, incluso para su propia época. En los principales tratados sobre el método histórico que se han escrito desde el siglo XVI, se considera normalmente a la biografía como una de las formas legítimas del escrito histórico. Daré solamente un ejemplo para cada siglo.

Jean Bodin, en su *Methodus ad faciliorem historiarum cognitionem* (1566) distinguió entre la historia de un hombre y la de una nación entera; sus argumentos partían tanto de Plutarco como de Livio. Un siglo más tarde, Agostino Mascardi, en *Dell'arte historica* (1636), incluyó "Vite" entre las diversas divisiones de la historia, siendo las demás "Effemeridi", "Annali", "Cronaché", "Commentari". En el siglo XVIII el abate de Mably aceptó a Plutarco como el "historien des mœurs" modelo.<sup>2</sup>

En estos tres siglos la distinción helenística entre historia y biografía había sido reemplazada por un reconocimiento bastante aceptado de la biografía como un tipo de historia. Sin duda que en el siglo XIX pareció que ésta era una solución demasiado simple. Cuando la historia universal era interpretada como el desarrollo de las ideas o de formas de producción, ¿qué podía importar el relato de la vida de un individuo? Incluso un historiador sensible y experimentado como Johann Gustav Droysen encontró difícil rescatar la biografía. En un notable párrafo de sus disertaciones acerca de *Historik*, él hacía una distinción entre los hombres sobre los que uno puede escribir una biografía, y los hombres sobre los que eso no es posible. Sería loco, sostenía él, tratar de escribir la biografía de César o de Federico el Grande: ellos pertenecen a la historia. Pero Alcibiades, César Borgia, Mirabeau, "das sind durch

und durch biographische Figuren" ("son de principio a fin figuras biográficas").<sup>3</sup>

En otras palabras, el aventurero, el fracasado, la figura marginal eran los temas de la biografía. J. Burkhardt habría estado en desacuerdo: el descubrimiento de la biografía y de la autobiografía era para él una parte esencial del descubrimiento del hombre en el Renacimiento italiano. Pero la desconfianza en los biógrafos, como se expresa en el *Lehrbuch der historischen Methode* del profesor Bernheim, era más típica de la opinión en boga.

Si los historiadores estuviesen tan inseguros acerca de lo que se debe dejar a los biógrafos, no se podrían quejar de que los biógrafos reclamaran más y más historia. Los biógrafos fueron respaldados

por Burckhardt, por Nietzsche, por Freud, por Stefan George; ellos argumentaban que estaban apoyados por Atenas y Roma, y por lo menos tenían a Bloomsbury tras ellos. A Bertrand Russell se le oyó reír mientras leía *Eminent Victorians* en la cárcel de Su Majestad, donde fue confinado por ser un escritor pacifista en 1918. Mussolini se las arregló para tener a Emil Ludwig como su Eckermann. La anterior hagiografía escrita por su amante Margherita Sarfatti ya no era suficiente para él. Cuando Giovanni Papini se convirtió, anunció su conversión al mundo con una vida de Cristo escrita al estilo de Emil Ludwig. Ciertos profesores alemanes protestaron colectivamente en emotivas páginas de la *Historische Zeitschrift* contra lo que llamaron "His-



torische Belletristik". Un pariente de Theodor Mommsen escribió un discurso contra Emil Ludwig. Robin Collingwood, que era muy sensible a cualquier cosa que Bloomsbury pensara y dijera, reaccionó reiterando la condena de Edward Meyer contra toda biografía: "No puede haber historia de otra cosa que no sea el pensamiento. Así, una biografía, por ejemplo, por mucha historia que contenga, se construye sobre principios que no sólo son no-históricos, sino antihistóricos".<sup>4</sup> Benedecto Croce con más calma recordaba a sus lectores que "escritores como Ludwig son los Guido da Verona de la historiografía",<sup>5</sup> siendo este Guido da Verona un novelista menor, medio sentimental, medio pornográfico, de los años veinte. Pero la suposición teórica de Croce era menos clara que lo que suponía su broma. Aunque él mismo era un perspicaz escritor de biografías, había avanzado muchas ideas destinadas a hacer temblar cualquier fe en las posibilidades de la biografía. En crítica literaria —dan testimonio de ello sus libros sobre Dante y Shakespeare— había hecho una clara distinción entre los datos biográficos y la personalidad artística de un escritor: los primeros carecían de importancia para la segunda. En historia general había subrayado que eran los sucesos, no las intenciones, lo que contaba. Más radicalmente, había negado que existieran individuos: lo que existe, de acuerdo con él, es el Espíritu Universal. Si Croce hubiera sido consecuente, le habría negado a la biografía cualquier derecho a existir, como lo había hecho Collingwood.

Sucede que yo pertenezco a una familia que se dedicó al género biográfico en la primera parte de este siglo. El grado de experiencia y de responsabilidad erudita de estas biografías era alto. Los numerosos ensayos biográficos de Felice Momigliano sobre figuras del *Risorgimento* italiano nunca llegaron a ser biografías plenas, pero por lo menos uno de ellos, la comparación psicológica entre Mazzini y Cataneo, fue un trabajo precursor cuando apareció en 1901. Felice Momigliano fue incidentalmente también un

biógrafo de Tolstoi y ejerció una influencia intelectual importante sobre su amigo Luigi Pirandello. La monografía de Attilio Momigliano sobre Manzoni, que apareció en dos partes, en 1915 y en 1919, se ha convertido, por supuesto, en un clásico de la crítica literaria italiana. El librito sobre Crispi de otro miembro de la familia, A.C. Jemolo, reveló una sensibilidad poco común para las complejidades psicológicas y para las decisiones morales. En una época tan temprana como 1922, el uso de tales métodos psicológicos en el estudio de uno de los políticos italianos más controvertidos fue arrojado y perturbador.

Felice Momigliano murió en 1924, demasiado pronto para ser afectado por la nueva situación. Attilio Momigliano y Arturo Carlo Jemolo dejaron de escribir obras biográficas. Lo que era una importante crisis internacional de la escritura de la historia se convirtió en una crisis doméstica dentro de mi círculo familiar. Eucardio Momigliano, un abogado cuya exitosa carrera política había sido interrumpida por el fascismo, publicó libros que parecían estar peligrosamente inspirados por Maurois y Ludwig. Sus obras han sido traducidas a cinco o seis idiomas y todavía ahora se reimprimen después de cuarenta años: han probado, ciertamente, su derecho a existir. Pero para la época parecían en extremo desconcertantes; casi una traición a los patrones familiares.

Esto quizá puede explicar mi propia actitud hacia la obra biográfica en los primeros años. Aunque sumamente interesado en el estudio de la personalidad, me urgía evitar el mero detalle biográfico en mis monografías de juventud sobre Claudio y Filippo de Macedonia. Entonces me interesaban los problemas políticos y culturales, no los individuales. En aquellos remotos días también estudié a fondo la biografía en la Antigüedad. Ya en 1928 había estudiado al único biógrafo sobreviviente del periodo helenístico, Sátiro, y reseñé las *Epochs of Greek and Roman Biography*, de D.R. Stuart. Un poco después escribí los artículos sobre

Plutarco y Suetonio para la Enciclopedia Italiana. Pero pronto me desvié de la biografía antigua. Debo reconocer en retrospectiva que durante treinta y cinco años, si no es que más, pareció que yo trataba de evitar muy deliberadamente enmarñarme en los muchos y serios problemas que rodean la biografía de la Antigüedad.

Si ahora, en mi vejez, regreso a la biografía antigua, no es tanto por arrepentimiento sino porque me doy cuenta de que la que era en mi juventud la rama más difícil de la historia, es actualmente la más fácil. La biografía nunca ha sido tan popular, tan respetada, tan sin controversia entre los estudiosos como ahora. Incluso los días florecientes del siglo XVIII, cuando Plutarco era el maestro indiscuti-

do, no son nada en comparación con la presente popularidad de la biografía entre los historiadores en general y entre los historiadores de la Antigüedad en particular. Esta unanimidad se extiende hasta los historiadores marxistas. ¿Quién habría esperado ver a Plutarco como tema predilecto del fiel historiador marxista-leninista? Sin embargo, S. S. Averincev y otros eruditos soviéticos han estado escribiendo, en los últimos años, no sólo de modo competente sino con entusiasmo, acerca de Plutarco en las *Vestnik Drejnev Istorii* y en todas partes.

Hay diversas razones para la nueva popularidad de la biografía. Esta se debe, en parte, a la diversificación de la biografía moderna en varias clases, las que





satisfacen diferentes necesidades. El historiador tradicional de la cultura todavía puede recibir infinito placer con la lectura de las obras maestras del viejo tipo, como la monumental biografía de Burckhardt escrita por Werner Kaegi. El psicoanalista tiene, por supuesto, su Erickson, y el ex marxista puede volverse hacia la teoría, si no es que a la práctica, de Roy Pascal. La biografía por docenas —lo que nosotros, los historiadores de la Antigüedad, llamamos prosopografía, y los historiadores modernos, al menos en Inglaterra, llaman “onomatización” de la historia— le da material nuevo a los historiadores sociales. Lo que es quizá más importante es el hecho negativo de que la auténtica historia social se está volviendo más y más intratable debido a sus cada vez mayores refinamientos y complicaciones. Cualquiera que siga con atención las actividades de la Sixième Section de l'École des Hautes Études se pregunta si un análisis tan microscópico de los progresos humanos se puede proseguir indefinidamente. ¿Podrán los historiadores ser capaces siempre de enumerar las facetas innumerables de la vida? En esta situación de incertidumbre, por lo menos parece que un biógrafo representa algo circunscrito; cualquiera que sea la objeción que los historiadores de la Antigüedad podamos tener contra el acercamiento prosopográfico a la política romana, ésta al menos proporciona datos sólidos: las carreras y las relaciones familiares son hechos. La biografía ha adquirido un papel ambiguo en la investigación histórica: puede ser un instrumento de investigación social o puede ser un escape de la investigación social.

No es probable que en el presente alguien ponga en duda que la biografía es una clase de historia. Nosotros podemos muy bien regresar a los inventores de la biografía, los antiguos griegos, para preguntar por qué ellos nunca reconocieron que la biografía es historia. También podemos hacer algunas otras preguntas que brotan directamente de la nueva situación de la biografía en la historiografía contemporánea. Podemos preguntar cuál era

la posición de la autobiografía en relación con la biografía en el mundo antiguo: la misma pregunta está en pie para la historiografía del siglo XX. Podemos preguntar qué parte de la filosofía proporcionó las formas de la biografía antigua: la misma pregunta, por supuesto, se da para la biografía moderna, como William Dilthey explicó por primera vez.

La nueva posición privilegiada de la biografía en los estudios históricos contemporáneos es en sí misma una paradoja que provoca interrogantes y dudas.

## Notas

<sup>1</sup> *Kleine Schriften* (1910), p. 66.

<sup>2</sup> *De la manière d'écrire l'histoire* (ed. 1784), p. 10.

<sup>3</sup> *Historik* (ed. 1937), p. 292.

<sup>4</sup> *The Idea of History*, p. 304. (Cfr. la ed. española, *La idea de la historia*, FCE, México, 1952, p. 346.)

<sup>5</sup> *Storia della storiografia italiana nel sec. XIX*, 2a ed., p. 282.

## El coronel Redl

Stefan Zweig

Tomado de *El mundo de ayer* de Stefan Zweig, Porrúa, “sepan cuantos...” 418.

Según demuestra la experiencia, es mil veces más fácil reconstruir los hechos de una época que su atmósfera espiritual. Esta no se refleja en los grandes acontecimientos, sino más bien en pequeños episodios personales, como los que aquí quiero interpolar. Hablando sinceramente, no creía yo entonces en la guerra. Pero dos veces soñé con ella despierto, por así decirlo, y quedé con el alma espantada. Ocurrió por primera vez con ocasión del “caso Redl” que, como todos los episodios de fondo de la historia, es poco conocido.

Personalmente, sólo conocí muy de paso a aquel coronel Redl, protagonista de uno de los más complicados dramas de espionaje. Vivía a la distancia de una manzana de mi domicilio, en el mismo